

el último tango en parís

BERNARDO Bertolucci nos entregó hace un par de años una película hermética y compleja: "El Conformista", con Jean-Louis Trintignant como intérprete. Pasó casi desapercibida. Es la única película que de él, un director joven que debe mucho a Pasolini, conocemos entre nosotros.

Con "El Último Tango" ya no podrá decirse lo mismo. Y no nos referimos solamente al escándalo suscitado por su prohibición, o intentos de hacerla, en países de América y Europa. (Bastaba la cuidada —y protestada— promoción comercial desde las portadas de "Time" y "Newsweek", y a través de las noticias de prensa, para que aquí también hubiera atraído largas colas y sensacionales polémicas). Porque "El Último Tango" es una obra bien elaborada de un autor muy serio. La actuación de Marlon Brando explica el acierto de este filme, sórdidamente significativo, que no puede dejar indiferente a ningún espectador adulto y suficientemente maduro.

Un hombre frente a la muerte

"El Último Tango" no es, como algunos han podido ver, una historia de exhibicionismo sexual, procaz y morboso. Es una sutil meditación ante la muerte. Toda la historia —donde pocas cosas suceden— está enmarcada, al principio y al final, en la dimensión trágica de la muerte inexplicable de la esposa de Paul (Brando). Nosotros, como él, nos encontramos ante un suicidio irracional. Paul asiste a la limpieza de la sangre que cubre el lugar escogido por su mujer para darse la muerte, mientras oye de la criada las circunstancias que rodearon el hecho. Pero Paul no comprende. Tampoco la madre de su

esposa ni el que fuera su amante le ayudan a entender.

Paul se encuentra profundamente deprimido, vacío. Desde el comienzo del filme, adivinamos en su vagar errante su desconcierto y confusión; y también la vaciedad de su espíritu. Jeanne (María Schneider) resulta ser para él una fortuita ocasión, una mera circunstancia, un escape más o menos inconsciente y banal. Sus encuentros, privados enteramente de interés, amor o simpatía, y reducidos al goce pasajero, son una manera de llenar un tiempo suspendido entre la noticia del suicidio de la esposa de Paul y la velación de su cadáver. Aquí está, creemos, la escena más significativa y patética del filme: Paul, sentado al lado del féretro, comienza increpando a su mujer muerta en forma grosera; luego, al quebrarse su falsa compostura agresiva, doliente y humillado, termina por pedir perdón, entre sólozos, por lo que pudo hacerla sufrir hasta llevarla al suicidio fatal.

Ya no es el Paul que ha dominado orgullosamente y cruelmente a Jeanne, haciéndole aceptar uniones carnales no solicitadas y rara vez consentidas, y pidiendo, en medio de ellas, una abjuración de su fe en Dios, en la sociedad, en sus instituciones y valores. Es ahora, ante el pálido cadáver de su esposa, cuando comprendemos el inmenso drama de Paul. Nada tiene él que ofrecer a Jeanne. La proposición de matrimonio que le formula al final de una desesperada persecución, está desprovista de sinceridad. No sin ironía, al sentirse herido de muerte por el sorprendente disparo que le hace Jeanne, exclama: "¿Qué van a decir nuestros hijos!"



José Manuel Ríos

Confusión y nihilismo

A algunos podrá parecer que es absurda la muerte de Paul; no lo es. La única que resulta haber conocido realmente a Paul es Jeanne. A decir verdad, poco había conocido de Paul por él mismo: sólo que había tenido una niñez infeliz en un extraño y descompuesto hogar, y por eso musitará al final, hipnotizada, sin abrir los labios, lo que seguramente dirá a la policía: "No sé su nombre... no sé quién es". Pero ella sí sabía de su confusión y su vaciedad, de su brutal deseo, de su cruel dominación sobre el cuerpo y la voluntad de los otros. Al matarlo, Jeanne ha querido matar el nihilismo de aquel personaje subyugante que le impedía ser ella misma a un nivel más vital y romántico, como se lo ofrecía su joven prometido (Jean-Pierre Léaud, el de los "Cuatrocientos Golpes", de F. Truffaut).

Es verdad que hay más sexo en este filme que en muchos otros que pudiéramos llamar "serios". Puede preguntarse uno si había necesidad de tanta duración en las escenas carnales. No creemos, sin embargo, que se trate de un usado y desacostumbrado exhibicionismo sensual. "Difícilmente hay en el filme un metro de gratuita carne", comenta el teólogo protestante Harvey Cox (autor de "The Secular City" y "The Feast of Fools"). "Además, ¿hay quien pueda negar que la gente usa de hecho el sexo para todos sus propósitos, y más aún? El único crimen de "El Último Tango" es que viene derecho al caso y lo expresa así" ("The National Catholic Reporter", 30-3-73).

A quien sepa leer con inteligencia las plásticas imágenes de este filme (realizadas con las pinturas de Francis Bacon en la presentación de créditos y con los diálogos de Agnès Varda), y pase, sereno y reflexivo, a través de sus frases atrevidas y sus escenas chocantes, esta historia sórdida y triste podrá hacerle conocer —o recordar, porque ya lo sabe— la vulnerabilidad de la condición humana, sobre todo cuanto está desprovista de amor y se siente confrontada, sin fe, ante la muerte.